

BARUCH SPINOZA: UN FILÓSOFO “EBRIO DE DIOS”

por el Académico PRESBITERO DR. CARLOS CUCCHETTI

EN EL TRICENTENARIO DE SU MUERTE

El siglo XVII fue un siglo de renovación filosófica. Empirismo inglés, racionalismo francés. Rebelión contra la Escolástica y el ritualismo religioso. Esfuerzos precursores de la crítica bíblica, que más tarde continuaría con exigente criterio científico. Era también el siglo de Luis XIV. Pascal acababa de publicar sus *Pensamientos*. La elocuencia sagrada triunfaba con Bossuet, Racine y Molière en plena expansión. La Fontaine daba amenidad a la vida con sus *Cuentos en verso* y sus *Fábulas*. El Trono y el Altar en el apogeo de sus luces. Es en ese esplendor cuando estalla el escándalo de la publicación en Holanda en 1670 del *Tratado teológico-político* de Spinoza. Escándalo renovado en Francia en 1678 con la *Historia crítica del Antiguo Testamento* del sacerdote oratoriano Richard Simon, y que le costara la expulsión de la congregación religiosa a la que pertenecía. No se apreciaba entonces, ortodoxamente, que la libertad de pensamiento, lejos de ser incompatible con el fervor religioso y la paz social, es “la mejor garantía en favor de la piedad y la paz interior del espíritu”, al decir de Spinoza, corroborado por las generaciones que habían de seguirle. . . Para esta nueva y revolucionaria filosofía se necesitaba el acento y el coraje espiritual de los genios. De un Galileo, de un Copérnico, Newton, Pasteur, Lavoisier, Einstein y tantos otros.

EL DIOS DE SU FILOSOFÍA

Spinoza expone lo que ha pensado y, ¿por qué no?, lo que ha soñado. El pensamiento no es más que un relámpago en medio de una larga noche de ignorancia. Pero este relámpago lo es todo. Su libertad interna, más indomable que el diamante, implicaba responsabilidad y trascendencia. Dentro del movimiento religioso de la Reforma Luterana, Spinoza defiende la tesis que venía siendo constante entre los judíos del siglo VIII: "La razón no debe renunciar a sus derechos para comprender las Escrituras". Sus enemigos cartesianos lo llamarán "príncipe de los ateos". Bayle lo calificará de "ateo del sistema". No era ni lo uno ni lo otro. Era "un ebrio de Dios" al decir de Novalis.

Aceptaba la revelación divina de ambos Testamentos, porque la consideraba "coincidente" con la razón y por un principio de fe al que no quiso jamás renunciar. Buscaba razones para demostrar esa "coincidencia", miraba por la Divina Pupila, como el Creador nos mira con nuestros propios ojos. Consideraba que la virtud más elevada a la que el hombre puede aspirar es el "amor intelectual de Dios".

Según Renán, Spinoza tuvo el privilegio de habitar en los "atrios de Dios". Y Gustavo Flaubert escribía: "He releído por tercera vez en mi vida a todo Spinoza. Este 'ateo' ha sido el más religioso de los hombres, puesto que no admitía más que a Dios". Y aunque obsesionado por lo divino, quiso en su estudio y emoción mantener realista la racionalidad. Humanista liberal, mientras pulía sus cristales en La Haya, leía con avidez la Biblia, el Talmud, la Cábala y con ahinco a Descartes como a Tomás de Aquino y otros autores no judíos. Cita a Tácito, Cervantes, Quevedo y con especial frecuencia a Góngora, demostrando su raíz hispana. Coincidiendo con Leonardo de Vinci, que había enseñado que las matemáticas eran la reina de las ciencias naturales, vio en ellas el modelo y el instrumento universal del conocimiento de la Naturaleza. De ahí que su *Ética* fuera demostrada a la manera geométrica, al igual que su *Tratado Político* y su *Reforma del entendimiento*. Tratados que tendrían vital influencia sobre las ideas de Goethe, su discípulo más importante dentro de la literatura de habla alemana, junto con Lessing y Heine.

SU PANTEÍSMO MÍSTICO

El filósofo debe ser lo contrario de un soñador. Es un acuciante modelo del pensamiento, máxime cuando en su filosofía la idea trascendente de Dios es una realidad como lo son la naturaleza y el ser. Spinoza no inventó el panteísmo. Con su riguroso intelecto se erige en Occidente como el más ambicioso de los panteístas. Es sabido que todo panteísmo se inmerge en el fatalismo o en el misticismo. La concepción filosófico-teológica de Spinoza se conjuga con el misticismo. En filosofía, como en todo pensamiento universal, siempre hay derroteros nuevos y desfiladeros entre abismos. No se entra en la metafísica, como en el microscopio, sin retirarse de ellos libre de heridas, dudas alevosas o éxtasis misteriosos. La fe ilimitada en la razón, que tenía Spinoza, era capaz de proveer verdades evidentes; pero "siempre es peligroso decir incluso cosas verdaderas de lo divino". Figura tan compleja y tan arcana, con tantas dimensiones independientes y enigmáticas, sus conceptos han sido y son objeto de exégesis, al igual que Descartes y Leibniz, que aunque más claros, también ofrecen elementos que plantean interrogantes. Bien dice nuestro filósofo Eugenio Pucciarelli: "Spinoza muestra su ilimitada confianza en el poder de la razón, lo que no impide que, a distancia de tres siglos, puedan advertirse los flancos débiles de su construcción que, no obstante ello, se destaca con perfiles originalísimos". Con un verdadero filósofo siempre hay un fondo de entendimiento. Sus ideas surgen de entre las sombras como estrellas milenarias. Las manchas del sol no le impiden que derrame su portentosa luz. A pesar de los escollos y excesos de su sistema, señalados con mayor o menor ponderación y acierto por más de un crítico de fuste, su humanismo sale siempre incólume a semejanza del humanismo de Erasmo. El judaísmo no necesita aceptar todas las opiniones y concepciones teológicas de Spinoza, para reconocer en este genio de Amsterdam a uno de los más grandes hijos del pueblo judío y al pensador más original y profundo desde Maimónides hasta nuestros días.

EL VISIONARIO DEL ESTADO DE ISRAEL

Spinoza reclamaba la "reconstrucción de Israel". Atribuía al factor religioso la conservación del pueblo judío en la historia. Martín Buber lo presenta como un visionario del actual Estado. No puede haber hoy un judío, o un creyente, que mire a Spinoza con los ojos del siglo xvii. "Aunque no compartamos afirmaciones esenciales de su filosofía —escribe García Venturini—, su búsqueda dramática de la verdad, su humanismo con alma religiosa y libertad de espíritu, merece el homenaje de todo ser que lucha por los derechos humanos y la libertad de conciencia".

Encerrar el pensamiento de un filósofo de tanta proyección como Spinoza en los límites de una escuela es restringir su desarrollo fuera del área intelectual. En el tricentenario de su muerte¹ Baruch Spinoza "ex veritate" y "homo religiosus" a su manera panteísta merece nuestra admiración y homenaje más allá de reservas y discrepancias ortodoxas, mitigadas por los aspectos positivos del amor a Dios, a la libertad espiritual y al anhelo de una sociedad en la cual todos los seres puedan gozar de sus derechos.

¹ Baruch Spinoza murió en La Haya el 21 de febrero de 1677, a los 45 años de edad.